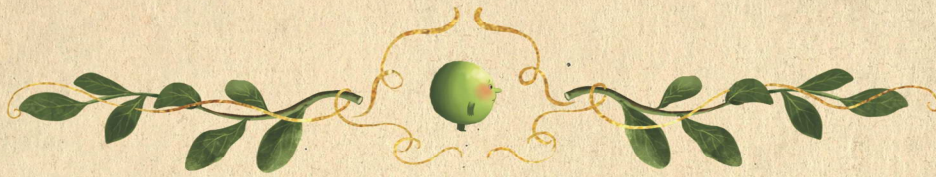


Madlena Szeliga

Horror

Ilustrado por
Emilia Dziubak





Horror

Índice de los acontecimientos desagradables

Preámbulo

El caso de la Zanahoria Echar sal en las heridas

El caso de la Col Fermentada viva

El caso de los Tomates La pesadilla de la Tomatina

El caso de los Guisantes Muerte en la cuna

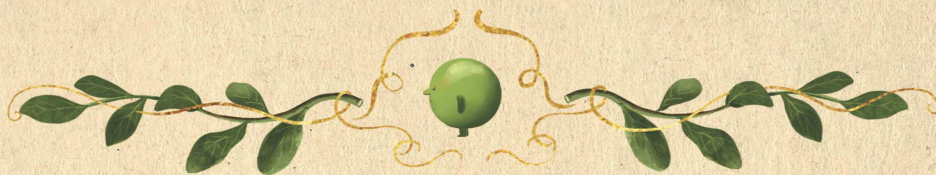
El caso de la Cebolla Unas cuantas lágrimas no tienen importancia

El caso de los Champiñones Tripas ajenas

El caso de la Remolacha Doble asesinato

El caso de la Calabaza Un asesino con seña de identidad

El caso de la Manzana Crimen sin cuchillo



El caso del Girasol *La tortura engancha*

El caso de las Fresas, las Frambuesas y los Plátanos *La misma suerte*

El caso de las Uvas *El horror del paso del tiempo*

El caso de las Coles de Bruselas *Frío y calor*

El caso de las Manzanas, las Grosellas y las Cerezas *Ansis de sangre*

El caso de la Coliflor *Él, que da y quita la vida*

El caso de la Piña *Ni siquiera la armadura protege*

El caso de la Ortiga *A todos nos llega la hora*

El caso de la Alcachofa *Arranca el corazón el que no tiene corazón*

El caso de la Patata *La esperanza es lo último que se pierde*

El caso de la Guindilla *La venganza no es dulce, es picante*

Una advertencia

Preámbulo

Todo comienza y termina a causa del ser humano. Sus manos laboriosas cuidan la tierra. La aran. Siembran en ella. La abonan. Para que las semillas crezcan bien y vivan más, él elige las mejores. Las mete con ternura en la tierra. Las riega. Se enfada cuando el sol deja de calentarlas con su luz. Hasta les cantaría canciones de cuna si diera algún provecho.

A veces lleva abejas para que les hagan compañía. Las cura cuando se enferman gravemente. Podrías confundirlo con un ángel si no fuera porque llega un día en que el ser humano se pone las botas de trabajar y saca una canasta de la despensa.

Y empieza a arrancar, cortar y recolectar. Para seguir pelando, cortando, triturando, guisando o echando al agua hirviendo. Sin pararse a pensar por un momento. ¿y si las frutas y las verduras tuvieran sentimientos?




1

· El caso de la Zanahoria ·

.....
Echar sal en las heridas
.....








Es mediodía. El sol abrasa. El suelo está seco y caliente. Las abejas hacen más ruido que de costumbre. No se oye nada más que el zumbido de sus alas. Ni siquiera el sonido de unos pesados pasos acercándose.

Aparece un hombre. Se agacha y con una precisión excepcional, a sangre fría, saca una zanahoria de la tierra. Sus movimientos no son del todo brutales, sino más bien despiadados, los movimientos de alguien convencido de que nadie le va a impedir que lleve a cabo su plan asesino. Y eso es peor que la brutalidad en sí. De repente, todo se detiene. Las abejas callan.

La envuelve herméticamente con papel film. La zanahoria se está asfixiando. Siente como si fuera a dejar de respirar de un momento a otro. Pero por increíble que parezca sigue respirando. Aunque es una respiración mucho más débil, más pesada. Pero cuando se agote el oxígeno, ¿cómo se la apañará? Yace medio desmayada, casi sin vida, cuando unas manos rasgan el plástico y dejan que entre el aire. Mucho aire, aire que huele a crimen.

Las manos la agarran con fuerza. Primero, le arrancan la cabellera. Con gestos rápidos, brutales, torpes incluso, se llevan hasta un trozo de



piel y carne. Ahora la ponen encima de una tabla de madera, dura y perfectamente lisa. Las manos grandes se acercan de nuevo. Brilla la hoja del cuchillo.

Muy despacio, con visible satisfacción, el hombre le quita la piel, tira por tira. Solo a alguien con la mente enferma se le puede ocurrir que el cuerpo de la zanahoria tendrá así un aspecto fresco, anaranjado y jugoso.

Ojalá eso hubiera sido el final. ¡Pero no! Brilla de nuevo el metal, y esta vez el instrumento de tortura es mucho más grande que un cuchillo.

Las manos aterradoras se mueven rápidamente frotando el cuerpo despellejado contra el rallador. La zanahoria se está muriendo, centímetro a centímetro. Desaparece trozo a trozo. Ya no queda de ella nada más que muchos pedacitos de pocos milímetros. En el último momento siente un dolor terrible, le escuece. Son las escamas de sal que caen sobre su cuerpo rallado, herido.

Su lugar de descanso final es una ensaladera.

El crimen lo ha cometido un esposo y padre ejemplar. Toda su familia presencia el acontecimiento. Todos sonríen. Nadie protesta.

Cuando casi ha terminado todo, la mujer le dice: «Échale un poco más de sal, por favor».